

TÍTULO: MODELO DE MANOS

Los modelos de manos no necesitamos sonreír para ser bellos. Nos cuidamos las yemas y limamos las uñas de forma primorosa. Las lucimos y, si nos apetece, las hacemos bailar. Critican, señalan y aciertan. También se equivocan, pero menos. Mis manos felices, seguro, besan bien.

Pero un día llegó el invierno. El frío. Los días cortos y las noches sin luna. Los inútiles barritaron muy fuerte, y los modelos de manos, reconozco que cobardones, nos parapetamos bajo unos guantes gruesos. Esa trinchera lanuda evitaba que cualquier bocado de casquería nos ensuciara la piel. La vida resultó más cómoda.

Desde allí vimos a truhanes y nos callamos. A tramposos, trileros y versos sueltos, y volvimos a callar. Todavía recuerdo la historia de un sesentón curioso. Cada jueves pasado el mediodía, entraba en una suite junto a dos muchachotes de barbita fina. Luego, sonriente, volvía a su hogar feliz con esposa, hijos, jardín y perrito. Le pregunté que qué les daba a ese par; el señorón respondió sincero: dinero y asco.

Callé. En otro tiempo quizá le hubiera abofeteado o apuntado con el dedo índice o acariciado la barbilla con mimo, pero callé. Con las manos en los bolsillos se vive estupendamente.

Ocurrió con aquel bigotudo y con mil más. Con un bicho casi eterno, mil gobernantes inútiles y millones de despilfarro. Callé y callamos.

Pero cuando más calentito estaba en mi atalaya, la vida me ha invitado a tomar un café. Negro. Denso. Aromático. Duro, dicen.

Algunos alzaron la tacita con un anillo en París, otros durante una cena frugal y unos pocos sobre el colchón correcto. A mí me lo han servido en un paritorio. Pesa cuatro kilos, se llama Jon y jamás pienso volver a vestir guantes.